Voces del convento: Sor Marcela, la hija de Lope

Georgina Sabat de Rivers
State University of New York, Stony Brook
Electa Arenal
University of Staten Island, New York

Para 1621 cuando el gran Lope de Vega publica en *La Filomena* la epístola "Belardo a Amarilis", la indiana a quien también llamó "equinocial sirena"; le dice en un terceto:

> Marcela con tres lustros ya me obliga
> a ofrecérsela a Dios, a quien desea;
> si El se sirviere, que su intento siga.[1]

Lo cual nos aclara que Lope escribió esa epístola el año anterior puesto que en esa fecha mencionada, a los dieciséis años,[2] hace Marcela entrada en el convento de las Trinitarias Descalzas de la antigua calle de Cantarranas, hoy Lope de Vega, de Madrid. La entrada de Marcela en el convento, acontecimiento en el que participaron conocidas personalidades del mundo social y cultural de la época, dio lugar a otra epístola[3] del famoso padre donde hace comentarios como los siguientes:

> No puedo encareceros a Marcela
> hipérbole mayor que su hermosura:
> si a la envidia deslumbra, al sol desvela.
> Aunque iba nuestra novia tan segura,
> el marqués de Povar fue con la guarda
> honrando su modestia y compostura ...
> Madrina, de la mano la llevaba
> la señora marquesa de la Tela, ...
> Iba el duque de Sesa generoso,
> y otros señores, de quien siempre he sido
> honrado, no por bueno, por dichoso.
> Cantó las letras tierno y bien oído ...
> Ponce y Valdés; que encareceros cuánto
> extremaron sus gracias, fuera agora
> contar las luces del celeste manto. ...
> Volvimos a la iglesia, y despojadas
> las galas de la novia, piedras y oro,
> las vi en sayales toscos transformadas;
> cortados los cabellos que el decoro
> tienen de la hermosura, ...

El dulce Hortensio, Hortensio peregrino,
elocuente Crisóstomo segundo,
Crisólogo español, Tulio divino,
predicó tan valiente y tan profundo,
que nunca vi más rico al dulce Esposo,
ni con menos valor pintado el mundo.

Lope sigue aquí las pautas acostumbradas de la época en relatos semejantes. En el poema se ponen de relieve el boato de la ceremonia y la presencia de personajes importantes de aquella sociedad de quienes Lope recibía favores, la apariencia física idealizada de la niña y el *status quo* con respecto a los papeles con los que se identificaba a las mujeres: los de esposas, madres e hijas. Aparte de los sentimientos genuinos que Lope pudiera sentir por su hija, en el poema se destacan en Marcela las características que podían, al mismo tiempo, realzar la posición de Lope en la sociedad del tiempo. Por su parte, Marcela no podía ser para los miembros constituyentes de esa sociedad, más que un apéndice del "Fénix," la hija de ese "monstruo de la Naturaleza."

Marcela, hija de Micaela de Luján, la "Camila Lucinda" de los versos de Lope, había nacido en Toledo en 1605; fue bautizada ese año el 8 de mayo como de padres desconocidos y su padrino fue el conocido dramaturgo, poeta, sacerdote y amigo de Lope, José de Valdivielso. Uno se pregunta cuáles eran las extrañas pautas de aquella sociedad que dejó sin padres a esta niña pero no a su hermano, nacido de la misma unión dos años después. En la inscripción bautismal de Lope Félix, el que fue luego llamado Lopito y que trajo no pocas preocupaciones a su padre (Castro y Rennert 1968: 160, 161, nota 107; Blecua 1969, I: XXVII, XLVI, L), se dice que es "hijo de Lope de Vega Carpio y de Micaela de Luján." En todo caso, de la crianza de los dos niños, Marcela y Lope Félix, se ocupó durante muchos años una mujer de nombre Catalina (Castro y Rennert 1968: 529), y, a la muerte de la segunda esposa legal de Lope, Juana de Guardo, fueron ella y los niños llevados a vivir en la casa de Lope de Madrid junto a su medio hermana Feliciana. Allí, forzosamente, no sólo fueron testigos de la desordenada vida de su famoso padre, ya sacerdote pero de nuevo perdidamente enamorado de Marta de Nevares a quien, una vez viuda, llevó a vivir a la misma casa, sino que se mezcló a Marcela, cuya inteligencia y gusto literario ya habría tenido oportunidad de apuntar, en el asunto de la recolecta de cartas que se cruzaran Lope y Marta y que el duque de Sessa le había pedido a su secretario Lope como medio de avanzar sus propias conquistas amorosas (Castro y Rennert 1968: 351 nota 1; Laca 1967; Blecua 1969, I: XLII). El panorama religioso contradictorio, entre la promiscuidad amorosa y el arrepentimiento ferviente, al que expuso Lope a sus hijos, hizo que éstos, como se sabe, buscaran resoluciones vitales muy diferentes entre sí: ya conocemos cómo se resolvió la vida de Marcela en edad temprana. Su entrada en el convento concretiza la búsqueda de una absoluta legitimidad: su matrimonio con la persona divina que no podía faltarle, Cristo; la paz, tranquilidad y soledad que nunca tuvo para conocerse a sí misma; y el deseo de reconocimiento de su valía como persona y poeta autónoma que sus hermanas en religión podían proveerle. Una vez en el

convento, no solamente fue sor Marcela una monja ejemplar sino que esto fue el factor catalítico que produjo una obra literaria que quizá no ha llegado a alcanzar al mejor Lope, pero que no le queda a la zaga en muchas de sus composiciones.

El gusto literario del convento de las Trinitarias (en el cual está enterrado Cervantes) es tan marcado hasta hoy que, como ya dijo el marqués de Molins en el siglo pasado, esas "santas criaturas, que visten el mismo sayal que llevaron las hijas de Cervantes y de Lope, y que leen diariamente los versos de Sor Marcela, creen [...] que el ingenio es, después de la virtud, la más bella manifestación del poder de Dios (Marqués de Molins 1870: 146). Podemos añadir que a la tradición literaria de las monjas descalzas de ese convento contribuyó, en gran medida, sor Marcela de san Félix. Hasta ahora lo poco que se ha dicho ha subrayado su carácter piadoso, sacrificado y obediente. Dentro de los estrictos límites impuestos a las mujeres de su época, no obstante, sor Marcela resolvió por sí misma, con la ayuda de una fe inquebrantable, serios conflictos familiares, vocacionales y afectivos; determinó sus metas; dio forma a una existencia y elaboró una obra. Esta mujer monja y poeta apenas conocida aun para los lectores de la España de hoy, ha sido valorada por una figura tan importante como Menéndez y Pelayo en el siglo XIX (1956: 192-194) el cual hace rivalizar sus versos a los de su padre. Vemos, pues, en el tratamiento de la figura y obra de sor Marcela un ejemplo de cómo, por distorsión, destrucción o desinterés, han podido perderse para la historia y la cultura aportaciones femeninas valiosas.

No sabemos por qué circunstancias de los "cuatro o cinco" cuadernos escritos por sor Marcela, se salvó sólo uno. El que nos ha llegado consta de 507 folios. Los demás los quemó "su humilde modestia" siguiendo órdenes de su confesor, acto de obediencia común en la épooca. Lo que quedó no fue poco: seis obras de teatro alegórico-religioso tituladas "Coloquios espirituales," cinco romances en esdrújulos, veintidós romances más del tipo tradicional; siete loas de las cuales pertenecen algunas a los coloquios; y unas pocas composiciones restantes que constan de un villancico, seguidillas, liras, endechas y jaculatorias. A esto hay que añadir una vida en prosa de una hermana de religión en unos folios que van del 195 al 209. Este dato nos informa que se escribió en otro cuaderno perteneciente a la orden, donde se guardaban estas biografías de interés edificante para la comunidad. Existe, además, una "Vida de Nuestra Venerable Madre Sor Marcela de San Félix" de fecha desconocida que nos ofrece aspectos interesantes de la vida de Marcela al mismo tiempo que nos presenta datos erróneos.

La producción mencionada del tomo manuscrito que creemos es autógrafo de sor Marcela,[4] en casi su totalidad, se compone de composiciones religiosas, único género en el que escribiera la trinitaria. La monja habría ido preparando ese tomo con cuidado a través de su vida. Es decir, en algún momento avanzado de ella, recopiló su obra agrupándola por tipos de composición: primero los coloquios, luego los romances esdrújulos a los que siguieron las loas y los otros romances, las seguidillas y las liras. Esa era, obviamente, la obra que había recopilado hasta entonces. Pero sor Marcela, según se dice en el ms. sobre su vida, quien en algún momento, se quejó de que la muerte "para esta pobre vieja viene en carreta tirada de bueyes muy pesados" siguió

escribiendo y, naturalmente, fue añadiendo a lo ya copiado lo que iba saliendo progresivamente de su pluma por lo que quedan, al final del cuaderno, composiciones que no están insertadas en los grupos que les corresponderían.

La única selección sustancial que ha aparecido a la luz pública en tres siglos, ha sido la que ofreció Serrano y Sanz en su bibliografía antológica, *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas*, publicada en Madrid en 1903-05. Serrano y Sanz publicó cuatro de los seis coloquios, tres de las siete loas omitiendo un largo trozo de una de ellas (un pasaje lleno de humor que quizá le haya parecido de mal gusto a este rigorista del siglo XIX por haber salido de la pluma de una monja),[5] cuatro romances, las liras, las endechas y el villancico.

Unas cuantas selecciones más se encuentran en otras fuentes. En el libro mencionado del marqués de Molins, publicado en 1870, aparecen las seguidillas, secciones más o menos breves de otros poemas, y en un apéndice, tres romances más "para dar a conocer [...] el talento y el gusto poético de la santa hija de Lope." En la fecha no lejana de 1967, Julio Ramón Laca reprodujo varios poemas y los versos iniciales de otras composiciones al dedicar un capítulo de su libro *Lope de Vega: parientes, amigos y "trastos viejos"* a la "famosa monja Marcela" a la que llama "delicada figura femenil". Carlos E. Mesa, colombiano, dedicó una docena de páginas a "Marcela de Lope de Vega" en *Mujeres en torno a Cristo* que publicó en 1978. Es en un ensayo de 1982 de María Isabel Barbeito, "La ingeniosa provisora Sor Marcela de Vega" donde en consonancia con el nuevo interés por figuras femeninas destacadas, se presenta a los lectores una mujer de carne y hueso, íntegra y madura. Porque a la personalidad compleja y fuerte de Marcela (quien una vez en su obra se llamo "león") y a sus dotes de escritora de inspirada religiosidad, hay que añadir sus papeles de maestra de novicias, provisora, ministra, directora teatral, actriz y escritora conventual.

No sabemos nada de la instrucción que se le dio a Marcela ni cómo ni cuándo empezó a escribir poesía. Obviamente obtuvo en herencia parte de la facilidad de Lope para versificar; podemos suponer, además, que entre él y Valdivielso, el padrino de la niña, darían al vuelo algunas lecciones que, entre juego y juego, fueron aprovechadas por la futura trinitaria poeta. Si Marcela escribió poesía antes de su entrada en el convento, nada sabemos de ello; esto, sin embargo, no debe extrañarnos. Las pocas que nos han llegado de esta época, y hablamos incluyendo a las mujeres que escribieron en el Nuevo Mundo,[6] se conservaron por ser homenajes a hombres famosos de la época (como en el caso de la epístola "Amarilis a Belardo" dedicada a Lope por una excelente musa peruana y a cuya contestación de parte de Lope nos hemos referido al principio). De lo que no hay duda es de que si Lope conocía la afición literaria de su hija, y es difícil creer lo contrario, no se dio apenas por aludido quizá porque la época no era propicia a esa clase de reconocimientos en una mujer.[7] Teniendo en cuenta los conflictos que significan las ventajas y desventajas a las que están sometidos los hijos de personajes ilustres, podemos presumir que quizá este desinterés explique, en parte, las razones que se daba Marcela a sí misma para salir de su extraño hogar ya que en el libro de su vida que hemos mencionado antes se halla lo siguiente: "que sus padres la tenían poco amor y que por huir sus molestias se había venido al sagrado como los delincuentes cuando huyen de la jus-

ticia" lo cual no impidió que luego, una vez adquirido el prestigio que daba a las mujeres del tiempo su condición de monja, y seguramente para satisfacción suya, se convirtiera en algo así como consejera y madre para su anciano padre. El convento, como en el bien conocido caso de sor Juana Inés de la Cruz, sirvió, también aquí, para proporcionar a sor Marcela de san Félix el ambiente adecuado para el desarrollo de su intelecto y vocación. Paradójicamente, con el apoyo moral que recibía de sus hermanas y fuera de las inhibiciones, escrutinio y trabas que el mundo le ponía, Marcela se sintió libre para dedicarse a su arte al dedicarse a Dios. Así nos lo dice en este pasaje: "Pobre de mí, que he venido a hacer más papel que hacía en el mundo, donde era una desvalida, que no merecía que me mirasen a la cara" (Marqués de Molins 1870: 80-81). En el convento, incluso, encontró el ambiente propicio para reclamar, bajo la personalidad masculina de un estudiante en una de sus loas, el puesto que le correspondía como heredera poética de Lope. El "Licenciado" nos habla de una persona de quien quiere:[8]

> Y que nos haga una loa
> tan acabada y perfecta
> que no la pudiera hacer
> tan linda Lope de Vega.

Y luego se aclara quién es ella:

> que yo en prosa las diré
> que al coloquio se prevengan
> con benévola atención
> que la ha compuesto Marcela.
>
> (275)

Esta, sintiéndose a sus anchas ante sus hermanas de orden que la reconocen como "ingenio", apenas se molesta en hacer uso de recursos tan socorridos como el de la "falsa modestia" que las mujeres poetas solían utilizar al enfrentarse al mundo de afuera regido por el hombre. Ciertamente es instructivo comparar la vida de sor Marcela con la de sus dos hermanas, Feliciana la hija legítima de Juana de Guardo y Lope, y Antonia Clara, la hija habida de los amores del "Fénix" con Marta de Nevares. La primera llevó una vida en regla con la sociedad en que vivía: fue su marido quien se ocupó de ayudar a Lope en relación con su obra literaria; la segunda, fue abandonada por su seductor después de corto tiempo. Sor Marcela, a través de un personaje que es reflejo de ella misma, no se mide al decir que es trabajo escribir piezas teatrales para la diversión y el gusto de sus queridas madres y que:

> el escribirlo le cuesta
> y el estudiarlo también
> que muy buen tiempo la llena.
>
> (275)

Entre los temas más recurrentes que aparecen en la poesía de sor Marcela se encuentran el de la soledad que trató directamente en dos de sus poemas principales: "Romance a la soledad de las celdas" y en "Romance a una soledad" e indirectamente en otras piezas. Esta soledad que se reclama puede significar la necesidad material de mayor espacio en las celdas pero consecuentemente y sobre todo, la soledad espiritual que se necesita para encontrarse con Dios o con sus propios pensamientos:

Que la celda material
ha de servir como caja
que guarde la interior celda
donde el Esposo descansa.
Que si faltase el espíritu
y la oración en el alma,
más que santa religiosa,
será mujer encerrada.

(313)

Otros aspectos que ella trata en su poesía son la devoción, la obediencia, la perfección, la sencillez, lo que ella llama la "nada", es decir, la total renunciación y humildad. Pero también hay aspectos burlescos en la poesía de la monja: uno de los temas favoritos es el de la tacañería de parte de las provisoras y las roperas de la comunidad al no proveer de ello generosamente a sus hermanas. Este mismo tema, en obras serias se utiliza como medio viable para hacer sacrificios y utilizarlo como mortificación. También, siguiendo la tónica populachera y literaria, libre y satírica de la época, hay en la poesía de sor Marcela pasajes de sátira contra la vida regalada de frailes del tiempo, y los hay netamente picarescos. Véase el siguiente:

Y también puedo contar
la numerosa cuadrilla ...
de piojos, chinches y pulgas, ...
que esto siempre, y mucho más
está anexo a la pobreza.
...

(264)

Porque descendió mi padre
y vino por línea recta
del más valiente rabino
que se halló en toda Judea ...

(265)

Mi madre ...
grande bruja de Logroño
famosa en toda la tierra ...

(266)

Y hay pasajes donde podemos detectar algún rasgo biográfico e, incluso, una intención de rectificación hacia la vida de una madre que desapareció de su entorno cuando era muy niña:

> Diéronme muy noble sangre
> mis padres que gloria tengan:
> ...
> Mi madre no fue tan noble,
> mas su vida fue tan buena
> que suple bien por la sangre
> y excede toda nobleza.
>
> (265)

El arte de sor Marcela, discípula de santa Teresa, deriva de su creencia en la superioridad de lo espontáneo por encima de lo aprendido. Su escritura "oral", se basa en las creencias cristianas de inspiración divina, avanzadas por san Agustín que sí conocía las raíces platónicas de tal concepto. En ella influirían, sobre todo, necesidades de tipo práctico: Marcela sería la monja más letrada de su convento; su obra fue escrita mayormente con vistas a su propia satisfacción y para entretenimiento de sus hermanas, pero tenía también el propósito de repasarles verdades de la fe y el dogma, y de reforzarlas en la vía piadosa que habían elegido recordándoles los peligros y sinsabores del mundo. De ahí que aparezcan en su teatro, particularmente, combates agudos entre personajes positivos como la Religión, Mortificación, Verdad, Religión, Paz [...] en lucha por el Alma, personaje central de sus coloquios, contra personajes insidiosos como el Apetito, el Mundo, la Mentira, la Tibieza [...] en los cuales aquélla, el Alma, acaba por vencer a través de la reflexión.

Lo mejor de su obra, en conjunto, lo hallamos en los "Coloquios espirituales" de un acto único para los cuales quizás tomara como base y aprendizaje los autos escritos por su padre y su padrino. Algunos de los personajes son los mismos, pero en sor Marcela el número de los que aparecen en sus coloquios ha sido sometido a una estricta economía; mientras en Lope y Valdivielso los personajes llegan hasta unos quince y los alegóricos aparecen mezclados con los que no lo son, en ella se reducen a cuatro o cinco en cada uno de sus coloquios y aun aquellos que parecerían pertenecer al mundo de la realidad como el Hombre, por ejemplo, es presentado como alegórico, es decir, como personaje enemigo del alma. Para dar a sus pequeñas obras mayor amplitud y dimensión, utiliza el subterfugio de hacer citar en los diálogos, indirectamente, a otros personajes dando así la impresión de más voces.

Esta economía le vendría impuesta, también, por necesidades de orden práctico: no tenía muchos "actores" con quienes contar; en sus acotaciones y en la cuestión de la puesta en escena de sus obritas, a ella no le quedaba más remedio que protagonizar a algunos de sus personajes con la ayuda de sor Gerónima, una de las compañeras que más contribuyó en estos menesteres, y alguna que otra monja. Podemos imaginar, también, la gran economía que debía existir en el vestuario de estas funciones; de ahí el conocimiento directo que tenía de la tacañería de la que era objeto cuando pedía

los disfraces que necesitaba para estas representaciones. Cuando sor Marcela hace en sus obras una alusión de este tipo, sus hermanas sabían muy bien, entonces, a qué se refería. Podemos estar seguros del papel desempeñado por la fantasía a pesar de los recursos de todo tipo de los que se valdría nuestra autora-directora.

Aunque sor Marcela no sabía, por supuesto, nada de "feminismo" como lo entendemos hoy, es obvio que su personalidad de mujer utilizó las experiencias que había traído de afuera y aquéllas que intuyó o de las que tuvo noticia a través de sus hermanas u otros personajes. Es muy interesante su tratamiento de las figuras protagonistas del drama del Paraíso Terrenal. En uno de sus coloquios los presenta a *ambos* como responsables de haber tomado la fruta del árbol prohibido pero es Eva la que retiene el papel principal y es ella a la única que se nombra en la obra. En otro coloquio nos dice claramente que el mundo engaña a las mujeres honradas. En el "Coloquio del Nacimiento" es central la figura de María, no sólo porque es la primera de todas las mujeres sino por la identificación y sublimación que a través de ella se sugiere. Al presentarnos la unión del misterio del Nacimiento con el de la Eucaristía, nos dice que cada mujer que comulga, al albergar en su alma a Jesús, se hace, como María al guardarlo en su vientre, madre del Niño. Es decir, las mujeres devotas, especialmente las monjas, no solamente son las esposas de Cristo, son, también, las madres del Niño Jesús.

A pesar de hacer, frecuentemente, la apología de la vida religiosa, sor Marcela da, sin embargo, señales de una saludable falta de dogmatismo y estrechez moral e intelectual: hay otros medios de salvación. Incluso algunos personajes negativos de sus coloquios pierden "seriedad" cuando se dirigen a las monjas del auditorio, al final, para hacerlas reír con sus chistes. En el que seguramente es el último de los coloquios que escribió la monja trinitaria se nos presenta, significativamente, ridiculizándolo, a un personaje que llama "Celo importuno". Representa a ese personaje temible de toda sociedad que se constituye en juez y fiscal de ella creyendo siempre saber donde está el bien o el mal; es la pintura vigente en todas las épocas de aquéllos que son más papistas que el Papa y que se creen con el derecho de criticar a los demás sin reparar en sus propias faltas.

Sor Marcela entró en el convento sabiendo muy bien cómo manejar la palabra escrita, y en sus claustros encontró el medio propicio para desarrollar libremente su talento. Sus escritos nos ofrecen atisbos, pocas veces entrevistos, de las preocupaciones y de la visión de la mujer monja de su siglo. Las características particulares que la convirtieron en un caso especial por virtud de su nacimiento, su vocación literaria y su sexo, la hicieron, también, una persona especial en la comunidad religiosa a la que perteneció. La casi desconocida obra de Marcela de san Félix, aquella diligente y hermosa hija de Lope de Vega que todavía sigue inspirando con sus versos a las monjas trinitarias de hoy, merece ser publicada y estudiada por derecho propio. Para conmemorar los tres siglos de la fecha de su muerte, en 1987, nosotras, Electa Arenal y Georgina Sabat de Rivers, estamos ya embarcadas en esa tarea. Esperamos muy pronto poder lanzar a navegar los "papeles" que escribió Marcela y que encuentren aguas seguras y cielos luminosos.[9]

NOTAS

1 Utilizo el texto de José Manuel Blecua, *Lope de Vega. Obras poéticas* (1969, I: 809-818); la cita se halla en la p. 814.

2 Marqués de Molins (1870: 74-75). La edad de Marcela a su entrada en el convento se menciona, además, en varios lugares. Véase, por ejemplo, la epístola de Lope que se menciona en la nota 3: "pero mejor el Angel de la Guarda,/que la llevaba a su divino esposo,/para quien años dieciséis la guarda". Y en la introducción del libro de Blecua mencionado en nota 1, p. XLVII. Véase, también, lo que se dice en la nota 7.

3 Es la "Epístola a Francisco de Herrera Maldonado." En *La Circe*. Véase a Blecua.

4 Ahí se hallan estas palabras: "En uso de Sor Marcela de San Félix ..." Hay, a continuación, una décima laudatoria de don José de Acosta, "secretario del excelentísimo marqués de Arronches" que comienza: "Si en esta ocasión me pides."

5 Es posible, sin embargo, que fueran las mismas monjas las que, al hacer la copias para el marqués de Molins u otro personaje, omitieran el pasaje de que hablamos, por pudor.

6 Véanse mi capítulo: "Lírica popular y lírica culta" que aparecerá en *Historia de la literatura hispanoamericana, La Colonia*, que publica Editorial Alhambra de Madrid y que ha coordinado el hispanista italiano Giuseppe Bellini. También hablo de ello en "Contribución de la mujer a la lírica colonial", trabajo que se leyó en la Academia de Ciencias de Moscú en enero de 1986 con motivo del primer encuentro entre profesores dedicados al estudio de la literatura de la Colonia en Estados Unidos y la Unión Soviética, y que se publicará por Monte Sexto en Montevideo, Uruguay.

7 En una carta al duque de Sessa donde Lope le pide la dote para que Marcela pueda entrar como profesa en el convento de las trinitarias, le dice que su hija le quedará deudora: "que bien creo lo sabrá hacer quien ofrece a Dios dieciséis años ni feos ni necios, y a tanta descalcez y penitencia, cuando las doncellas de este tiempo se inclinan a otros regalos." En *Epistolario de Lope de Vega*, edición de A. González Amezúa (1935-43, IV: 72-73). También en la epístola de Lope "Belardo a Amarilis" hallamos:

> Aquí, pues no ha de haber nadie que crea
> amor de un padre, no es decir exceso
> que no fue necia y se libró de fea.

De *La Filomena*, ed. de José Manuel Blecua (1969, I: 814, vv. 142-144). Que sepamos, éstas son las menciones que Lope haya hecho de la inteligencia de Marcela.

8 Todas las citas pertenecientes a la obra de sor Marcela, se toman del tomo manuscrito mencionado, y el folio aparece entre paréntesis. Este manuscrito se encuentra en el Convento de las Trinitarias Descalzas de San Ildefonso, en Madrid. Electa Arenal obtuvo de las monjas la autorización para la fotocopia del manuscrito y para publicar la obra de sor Marcela. Se ha modernizado el texto.

9 En el intervalo entre la lectura de esta ponencia y su publicación, se ha publicado nuestra edición: *Literatura conventual femenina: Sor Marcela de San Félix, hija de Lope de Vega. Obra completa*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias (PPU), 1988.

BIBLIOGRAFIA

Barbeito, María Isabel
1982 "La ingeniosa provisora Sor Marcela de Vega". En *Cuadernos bibliográficos*, 44.

Blecua, José Manuel (ed.)
1969 *Lope de Vega. Obras poéticas*. Barcelona.

Castro, Américo y Hugo Rennert
1968 *Vida de Lope de Vega (1562-1635)*. Salamanca, Madrid, Barcelona, Caracas.

Gonzáles Amezúa, Agustín (ed.)
1935-43 *Lope de Vega en sus cartas*. 4 vols. Madrid. Vols. 3-4: *Epistolario de Lope de Vega*.

Laca, Julio Ramón
1967 *Lope de Vega: parientes, amigos, y "trastos viejos"*. Madrid.

Márques de Molins
1870 *La sepultura de Cervantes*. Madrid.

Menéndez y Pelayo, Marcelino
1956 *La mística española*. Madrid.

Mesa, Carlos E.
1978 *Mujeres en torno a Cristo*.

Serrano y Sanz, Manuel
1903-05 *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas*. Madrid.